

LA FELICIDAD A 6962 METROS

**AVENTURAS
EN PRIMERA
PERSONA**

LA CUMBRE DEL
ACONCAGUA, ESE ERA EL
OBJETIVO DE CAROLINA,
LA PERSONAL TRAINER DE
BRANDO. TERREMOTOS,
HIPOTERMIA Y DOS
PREGUNTAS VITALES:
¿POR QUE? ¿PARA QUE?

TEXTO Y FOTOS DE CAROLINA ROSSI



LA MADRUGADA DEL 27 DE FEBRERO, LA MONTAÑA tembló. Vi las grietas al día siguiente, pero en ese momento, no escuché nada. Estábamos a casi 6000 metros de altura, en Plaza Cólera, el último campamento antes del asalto a la cumbre del Aconcagua, cuando todos empezaron a alarmarse y gritar. Mi compañero de carpa dice que me zamarreó un poco para despertarme y que yo ni me inmuté. Dijo también que cayeron piedras de las paredes de los valles y que hubo algunas avalanchas. Después me enteré de que mientras dormíamos, vivimos desde el propio lomo de la montaña más alta de América un terremoto que devastó a un país entero del otro lado de la cordillera. Fue un 8,8 en la escala de Richter, que arrasó con 800 kilómetros de Chile y dejó unos 700 muertos. Mi familia y mis amigos se desesperaron hasta que pude comunicarme con ellos para decirles que estaba viva.

ESA MISMA NOCHE, ME HABIA COSTADO DORMIRME. Fue como si mi cuerpo cansado hubiese querido darme una premonición que no supe comprender. A esa altura de la montaña, donde el viento zumba hasta dejarte sordo y uno parece caminar por entre medio de las nubes, hay sólo un 40 por ciento del oxígeno que hay en el nivel del mar. A eso se suma que la frecuencia cardíaca se acelera frenéticamente, la presión arterial sube, tenés dolores de cabeza, mareos, falta de apetito y mucho cansancio. Cuando estoy en reposo en Buenos Aires, suelo tener menos de 50 pulsaciones por minuto. Pero justo antes de dormirme aquella madrugada, estaba en 120. Por primera vez en la expedición, sentí miedo. Menos mal que nunca imaginé que además, entre mis sueños, iba a vivir un terremoto demencial.

PARA SUBIR UNA MONTAÑA COMO EL Aconcagua, hace falta algo de dinero; la expedición ronda los 3 mil dólares sin contar el alquiler de los equipos. Y también

hace falta mucha preparación. El ascenso por la ruta normal no presenta mayores dificultades técnicas: el verdadero desafío está determinado por la combinación del inmenso desgaste físico, los efectos de la altura, las bajísimas temperaturas, la sequedad del aire, los fuertes vientos y el mal tiempo. Es la montaña más alta del mundo fuera de Asia, y dicen que, debido al clima y la aridez de los Andes, los siete mil metros de altura de nuestro gigante son como los ocho mil del Himalaya.

SUBIRLO ES TAN DURO QUE UNA PERSONA que no hace ejercicio debe iniciar un entrenamiento especial, como mínimo, un año antes de emprender la aventura. En mi caso, afortunadamente, mi trabajo me mantiene en buen estado: corro todos los días, y hago natación y una rutina de fuerza dos veces a la semana. Además, me agregué una rutina más antes de viajar a Mendoza: abandoné completamente el uso de ascensores. Vivo en un piso 9 y, desde que me propuse el ascenso, subí y bajé siempre por las escaleras para entrar y salir de casa. Conté que, por día, lo hice al menos seis veces, y casi siempre con una mochila a cuestas. Eso, aunque parezca mentira, me ayudó muchísimo.

ASI Y TODO, LLEGUE ARRUIINADA A LA CUMBRE. Al día de hoy, sigo diciendo que no merecía conocer la cima. De no haber sido por los guías, y por mis compañeros, no hubiera llegado jamás. El esfuerzo fue sobrehumano. Al menos cinco veces pensé seriamente en abandonar la travesía. Pero el aliento de mis compañeros, que a cada rato me decían que no parara, fue fundamental.

EN EL GRUPO, ERAMOS SIETE, MAS LOS DOS guías: George, un francés que tiene una agencia de modelos y ahora recicla casas; su esposa argentina, Karen; Freddy, de Coronel Suárez, dueño de una bicicletería y profesor de spinning; Gabriel, de Viedma;

EL DIA A DIA DE LA EXPEDICION

01 / 15.02

LLEGADA A MENDOZA. TRAMITES DE PERMISO DE ASCENSO Y CHEQUEO DE EQUIPOS. CENA BIENVENIDA. **700 M**

03 / 17.02

TRASLADO DE PENITENTES A ENTRADA AL PARQUE PROVINCIAL ACONCAGUA, LAGUNA HORCONES. TREKKING A CONFLUENCIA. **3300 M**

06 / 20.02

ACLIMATACION Y DIA DE DESCANSO EN PLAZA DE MULAS. **4250 M**

08 / 22.02

DIA DE DESCANSO EN PLAZA DE MULAS. **4250 M**

10 / 24.02

ASCENSO DE PLAZA CANADA A NIDO DE CONDORES. **5350 M**

12 / 26.02

ASCENSO DESDE NIDO DE CONDORES A PLAZA COLERA. **5950 M**

14 / 28.02

DESCENSO A CAMPO BASE PLAZA DE MULAS. **4250 M**

02 / 16.02

TRASLADO DE MENDOZA AL HOTEL EN PENITENTES. **2750 M**

04 / 18.02

TREKKING DESDE CONFLUENCIA HASTA PLAZA FRANCIA, PARED SUR DEL ACONCAGUA. **4200 M**

05 / 19.02

TREKKING DESDE CONFLUENCIA HASTA CAMPO BASE PLAZA DE MULAS. **4250 M**

07 / 21.02

PORTEO HASTA PLAZA CANADA Y REGRESO A PLAZA DE MULAS. **4800 M**

09 / 23.02

ASCENSO DE PLAZA DE MULAS A PLAZA CANADA. **4800 M**

11 / 25.02

DIA DE DESCANSO EN NIDO DE CONDORES. **5350 M**

13 / 27.02

ASCENSO A CUMBRE ACONCAGUA. **6962 M**

15 / 01.03

TREKKING DE REGRESO DE PLAZA DE MULAS A HORCONES. TRANSPORTE A PENITENTES Y MENDOZA. CENA DE DESPEDIDA. **700 M**



EXHAUSTA Y FELIZ. EN LA CIMA



LLEGANDO A PLAZA FRANCIA, EN LA PARED SUR

Corcho, empleado de una empresa ferroviaria de Mendoza; y Pablo, abogado, de Capital Federal pero no parece, tiene una tranquilidad y una paz envidiables. Nos conocíamos de Buenos Aires porque empezó a venir a mis clases grupales a entrenar para el ascenso, pero nunca habíamos tenido mucha onda. En el viaje nos ayudamos mutuamente y nos hicimos muy amigos. Era un grupo de gente muy entrenada. Yo era la más joven: tengo 30 años, mientras que los demás rondan los 40. Nuestros guías eran Heber Orona y Lito Sánchez: dos íconos del montañismo nacional.

HEBER ORONA ES UN GRANDE. ES EL DUEÑO DE la empresa Aconcagua Trek junto con Rudy Parra. Fue el primer escalador del país y, hasta ahora, el único argentino que subió el Everest sin oxígeno. Aun así, se pasa de humilde. Nunca hace alarde de ese logro, una verdadera odisea. Como ahora está más ocupado en la dirección de su empresa, ya no va tanto como antes a la montaña. Decía que estaba desentrenado. Pero subió como si nada.

HEBER ES MUY NOBLE, PERO SE SABE IMPONER. Conduce, lidera. Tiene todo lo que debe tener un gran guía. Cuando me invitó a participar del ascenso, lo dudé. Si bien tenía experiencia en montaña, nunca había hecho algo así y creía que me faltaban subir muchas otras antes de animarme a la cumbre más alta del continente. Pero decidí ir. No quería perderme la oportunidad de subir con él. Y no me equivoqué. Fue una de las experiencias más ricas de mi vida.

HEBER DICE QUE EL EXITO EN UNA EXPEDICIÓN, sin contar imponderables como el clima o la salud, depende en un 20 por ciento del estado físico, en otro 20 por ciento

de la adaptación de nuestro organismo a la altura y en un 60 por ciento de nuestra cabeza. Estando allá, entendí que tenía toda la razón. Hay momentos en que el cuerpo no da más; creés que ya no podés dar ni un solo paso, pero tu voluntad te impulsa hacia delante, y lo das. Y seguís.

LITO SANCHEZ, EL OTRO GUIA, ES UN PERSONAJE único. Fue el primer argentino en hacer cumbre en el Himalaya, en el monte Dhaulagiri. Camina por el Aconcagua como si fuera la vereda de su casa: ¡lo subió 53 veces! Conoce la montaña como nadie, pero aun así se sorprendía y disfrutaba con los paisajes tanto como nosotros, que nunca habíamos estado por ahí. A cada rato, se adelantaba para sacarnos una foto al grupo o para retratar la inmensidad. Al atardecer, cuando estábamos dentro de la carpa, calentitos, descansando o merendando, después de sufrir un frío indescriptible, nos decía: "Están los colores, los colores... hay que salir a verlos". Tiene un carisma que no se puede creer. Es un seductor nato. Las mujeres mueren por él, y por eso nunca le falta una compañía para paliar el frío y la soledad de la montaña. Lito nunca jamás se mostró cansado, a pesar de que le preguntábamos siempre las mismas cosas. Respondía sonriendo y siempre estaba atento a todo. Es un tipazo. A mí me emocionaba estar subiendo el Aconcagua con alguien como él.

LA PRIMERA PARTE DE LA TRAVESIA ES COMO un paseo. Vas con poco peso, tenés toda la energía del comienzo y la adrenalina de enfrentarte a lo nuevo. Vas charlando, cantando, parás cada tres minutos a sacar fotos.

DESPUES DE UNAS TRES O CUATRO HORAS de caminata inicial, llegás al primer campamento, Confluencia, a 3300 metros de altura. Hay baño, médico, carpa comedor, y domos donde duermen alrededor de veinte personas en cuchetas con colchonetas. Teníamos hasta cocinero. Una noche, nos hizo un asado increíble, con vino y todo. Estábamos felices y enteros. Todavía nos faltaba un buen tiempo para empezar a conocer la verdadera rudeza de la montaña.

EL SEGUNDO DESTINO ES PLAZA DE MULAS, el campamento base, a 4300 metros. Llegar ahí ya es un logro mayúsculo, un esfuerzo enorme, pero a la vez, una felicidad hermosa, un alivio. Desde Confluencia, hay que atravesar un plano de nueve kilómetros (*la playa ancha*) y después una pendiente muy pronunciada y larguísima (*la cuesta brava*). Ese día, se caminan entre 9 y 11 horas. Por suerte, teníamos al Colo, un guía que fue con nosotros hasta Mulas y después bajó con los que se volvían: empezamos siendo 17, pero no todos aspiraban al ascenso completo. El Colo amenizaba las largas horas de caminata contando chistes o acertijos.

YO HABIA ESTADO AHI HACIA UNOS DOS AÑOS, pero al llegar de nuevo, tuve la misma sensación que la vez anterior: sorpresa, inmensa alegría y emoción. Estar en ese lugar mágico es la recompensa a un esfuerzo tremendo. Lo primero que se ve, después de aquellas horas infinitas por la cuesta brava, es una vista inolvidable: carpas de todos los tamaños y colores, un cielo casi siempre azul, los picos nevados.



UNA TORMENTA DE NIEVE NOS DIFICULTO EL ASCENSO



LA CONVIVENCIA EN LA CARPA ES INTENSA

EN NUESTRA ESTADIA DE CUATRO DIAS EN Mulas, descansábamos mucho y, a la noche, se armaban largos torneos de truco hasta altas horas. A quienes no sabían jugar, Gabriel les enseñaba con un profesionalismo infernal. Es camionero, pero parece docente universitario. Tipo meticuloso, si los hay. Un obsesivo. En esas rondas y noches de distensión, Miguel Doura, un artista que se pasa los meses de verano en Plaza de Mulas, me dijo que soportaría mi carácter fuerte hasta los 5000 metros, pero que después de ahí, no me querría ni regalada. Dicen que la altura sensibiliza mucho; que acentúa lo mejor y lo peor de uno. Yo comprobé que es verdad. Miguel tiene la galería de arte más alta del mundo, pasa la temporada ahí y pinta y vende sus cuadros generalmente a los extranjeros con plata. También brinda servicio de internet y teléfono. Puso una cámara en el lugar, que saca a cada rato una foto y se actualiza en su web cada tres minutos. Podés llamar a tu familia y decirles que prendan la compu y te vean.



“SUBO MONTAÑAS PORQUE HACERLO ME HACE MUY, PERO MUY, FELIZ”

UNA DE ESAS NOCHES EN EL CAMPAMENTO base, hasta tuvimos la suerte de conocer a Iván Vallejo y sus amigos escaladores. Venían de escalar la pared sur –sólo para expertos– en tiempo récord. Iván subió las catorce montañas más altas del mundo; los catorce ochomiles.

EL PROXIMO DESTINO FUE CANADA, PRIMER campamento de altura, a los 4900 metros. Ya no hay baño, ni cocinero, ni carpas comunitarias. Es la montaña y vos. Pasar el día se complica. El agua que se toma, por ejemplo, se obtiene derritiendo nieve, y para hacer pis a la noche, ni siquiera salís de la carpa: hacés dentro de una botella. Canadá es el primer contacto con el aislamiento, la soledad y la paz de la naturaleza en la verdadera altura, el despojo de las comodidades terrenales. En ese momento de la travesía, ya se recomienda tomar, como mínimo, cinco litros de líquido diarios, y cada mil metros que subís, hay que sumar un litro más. El agua de deshielo,

al no tener minerales, no te hidrata, y por eso hay que agregarle sopas, té o jugos. El frío era tal que todo se nos congelaba: el agua, el dentífrico, el protector solar. Para evitarlo, lo único que se puede hacer es meter las cosas dentro de la bolsa de dormir: hasta las pilas de la cámara de fotos también se congelan.

A LOS 5350 METROS, APARECE NIDO DE Cóndores, un lugar de postal. Los blancos del hielo y de la nieve contrastan de forma increíble con el cielo, que en verano, a las siete de la tarde, tiene, como diría Jorge Luis Borges, el color rosado de las encías de los leopardos. Fue allí donde presencié el más lindo atardecer de mi vida. En ese lugar, la altura ya está presente dentro de todos los cuerpos. Casi todos mis compañeros se sentían mal, con mareos y dolor de cabeza. Karen y yo éramos las que mejor estábamos. Parece que las mujeres nos adaptamos mejor a la altura; dicen que es porque

estamos acostumbradas a vivir con menos glóbulos rojos. Karen tiene 37 años, pero parece de 25 y camina como una bestia.

EL CAMPAMENTO MAS ALTO EN EL QUE HICIMOS noche fue Plaza Cólera. Dormir a 6000 metros de altura es un flash. Si uno lo piensa un poco, da miedo. Muchísimos escaladores ni siquiera llegan a ese lugar. Es muy común que los bajen en helicóptero con algún edema pulmonar o cerebral por falta de oxígeno, o con congelaciones en las manos o pies. Para evitar esas cosas, es muy importante hidratarse bien para aguar la sangre, y protegerse las extremidades: con el frío extremo, tranquilamente se puede perder algún dedo. Ante la más mínima evidencia de edema o congelación, hay que bajar inmediatamente, porque si no, las consecuencias pueden ser irreversibles. Y yo no podía creerlo: nosotros estábamos todos ahí, tan alto, íntegros, los siete. Ninguno había tenido que abandonar, y eso era para celebrar. Llegáramos hasta donde llegáramos, el haber estado todos en Plaza Cólera era un regalo de la montaña.

FALTABAN SOLO DIEZ HORAS PARA LLEGAR A LA cumbre, pero iban a ser durísimas. Cuanto más subía, más difícil se hacía todo. Y, en mi caso, a eso se sumó la presión para no perjudicar a la gente que me rodeaba. Llegado un punto, si me quedaba, iba a terminar complicando a mis compañeros: ocurre que, si abandonaba, alguien me iba a tener que acompañar a bajar. La otra opción era riesgosa: quedarme sola, muerta de frío, esperando que ellos volvieran. Ninguna de esas dos posibles soluciones me daba tranquilidad. Y fue por eso que seguí. Al contrario de otros integrantes del grupo, no estaba obsesionada con llegar a la cima. Desde el inicio, entendí que quería vivir la experiencia y disfrutar del recorrido sin pensar tanto en la llegada. De hecho, hasta los 6500 metros de altura, la pasé muy bien. Pero ése fue un punto de inflexión. Todo lo que vino

después fue sufrimiento. Antes del viaje, leí mucho sobre ascensos al Aconcagua y otras montañas. En un libro del andinista Mauricio Fernández, un explorador de los Andes, Reichert escribió: “Un hombre de fuerzas normales y acostumbrado a caminar en alta montaña puede llegar hasta los 6500 metros sin esfuerzos excesivos, pero los 500 metros restantes sólo pueden ser forzados por quienes disponen de un verdadero exceso de energía y resistencia, porque los obstáculos que se suceden no tienen término”. Era cierto. Absolutamente cierto.

CERCA DE LOS 6400, MIS COMPAÑEROS PABLO y Corcho tuvieron que abandonar. Creo que fue porque les pegó mal la altura, ya que los dos estaban en muy buen estado físico. Igual, justo ellos dos eran los que mejor podían bancarse el no hacer cumbre: son hombres tranquilos que se tomaron el viaje con calma, querían pasarla bien, sin la idea fija de llegar sí o sí a lo más alto. Creo que influyó el hecho de que sean padres, por lo que evitaron correr el más mínimo riesgo. Para mí, también tuvo mucho que ver que no hayan querido contratar porteadores. Casi todos los demás decidimos pagar un dinero extra para deshacernos de al menos cinco kilos. Nuestros porteadores, Jaime y Juan, eran fabulosos. Juan es salteño, también oficia de cocinero, y canta constantemente. Es la alegría de vivir y la solidaridad

personificadas. Y Jaime es un superhumano: bajó con 48 kilos en la espalda.

AL LLEGAR A LA CUEVA, UN DESCANSO ROCOSO que está en los 6700 metros, a poco menos de 300 de la cumbre, estaba decidida a abandonar. Pensé: “Me quedo, ya está, el esfuerzo valió la pena”. Llevábamos once días subiendo y cada uno de éstos había sido hermoso, pero estaba agotada, con frío, los pies casi ni los sentía y no quería arriesgarme. Le pedí a Freddy, uno de mis compañeros, que me sacara una foto, la última, la final, la de “mi” cumbre.

EL TAMBIEN ESTABA MUY CANSADO Y HABIAMOS hablado de quedarnos los dos. Pero algo pasó. Lito nos explicó que en ese lugar, en La Cueva, se dejan las mochilas para seguir sólo con el abrigo, el agua y la cámara de fotos. Y entonces, de golpe, en un instante, recuperé la esperanza: quizá sin peso podía seguir. Y me animé. Dejé la mochila. Para que se den una idea de cómo estaba: cada cinco pasos, tenía que parar a descansar, a pesar de que notaba enormemente los siete kilos menos, esos siete kilos que antes llevaba como carga. A esa altura de la montaña y de la expedición, cada segundo, cada minuto, parecía eterno.

A POCO DE EMPEZAR A CAMINAR, EL MIEDO, EL agotamiento, la desazón, se esfumaron de golpe y empecé a sentir una mezcla de otros

sentimientos: alegría, emoción, valentía, paz y euforia. Todo junto. Después de largos días de cansancio, me sentía muy fuerte. Había llegado al día de la cumbre, y estaba súper entera. Con tanta energía que, por primera vez, caí en la cuenta de que quizás iba a llegar. Lo creía con más convicción que nunca, porque ya estaba cerca. A horas. Y me sentía muy bien.

ENTONCES EMPECE A LLORAR.

EN ESA ULTIMA CAMINATA ANTES DE LA CUMBRE, la más difícil, la más compleja, uno sólo se aferra a un único pensamiento que se repite y se repite a modo de monólogo interior: “Falta cada vez menos”. Y en medio de esa vorágine mental, el momento llega. Vas caminando con los pies que pesan mil toneladas y, de golpe, se ve la cumbre, allá arriba, a sólo 50 metros, tan cercana y tan inalcanzable a la vez. Los pensamientos se borran. No importa nada. Se ve gente. En la cumbre hay gente. Y nieva. Y los pasos que son lentos se hacen de golpe un poquito más rápidos, sólo un poquito, y el cansancio es indescriptible, pero la cima está ahí, casi que se puede tocar; el esfuerzo valió la pena; estamos, llegamos al lugar con el que estuvimos soñando desde hace meses, hace años.

[[[Continúa en pág. 112]]]



EL CAMPAMENTO A 6000 METROS



AGOTADOS, LLEGANDO A LA CUEVA, EN EL TRAMO FINAL



EL GRUPO RECUPERA FUERZAS



AMANECER EN PLAZA COLERA



LUNA DIURNA EN NIDO DE CONDORES



LA TRANQUILIDAD DE PLAZA DE MULAS



EL OBJETIVO CUMPLIDO, EN LA CUMBRE



ADEMAS DE AVENTURA, LA BELLEZA DE LAGUNA HORCONES

DESDE EL CAMION VIENE DE LA PAGINA 103

me gusta escribir, mostrando, sin ponerme delante, aunque hay autores que confrontan al lector y lo hacen bien, yo prefiero ir desplegando las escenas delante de los ojos a la par del lector, sin obstruir el paisaje, prefiero hacerme a un lado, quedar hombro con hombro, escribir como quien va manejando un camión y lleva al lector de acompañante. Así, yo voy quizá leyendo este viaje y, al volante, Javier lo va escribiendo.

PIQUETE FAMILIAR» Cuando ya estamos entrando por el sur en Santa Fe, me saca del sopor una camioneta 4x4 que se nos pone a la par. “¿Y éste?”, dice Javier. El tipo saca la cabeza por la ventana, nos señala la carga y hace montoncito con la mano. “¿Qué llevan?”, pregunta. “¿Qué le importa!”, dice Javier y ni lo mira. El tipo después se aburre y nos pasa. Como el camión está tapado con las lonas, no se nota que está vacío. En Chabás vemos unos silos gigantes abollados como latas de cerveza vacías por un tornado que pasó en 2003. Sigue el calor, pero el aire ya es otro, menos terroso, más húmedo. En Casilda, nos cruzan delante unas banderas argentinas. Se ponen en medio del camino una señora mayor con los nietos y un hombre de unos 50 años. Nos frenan, preguntan qué llevamos en la carga. Javier les dice que va vacío, que descargó en General Pico, y nos dejan seguir. Esto es todo lo que se ve del paro del campo, que ya parece gastado, un simulacro de algo que sucedió hace tiempo, aunque sólo haya pasado un año desde los grandes cortes de ruta que paralizaron al país.

LA SOMBRA DEL LAPACHO» Ya cerca de Rosario, me dice que está cansado, pero se lo ve contento de estar menos lejos de su casa. Me pregunta qué impresión me llevo de todo esto y le digo la verdad, que tenía miedo de que fuera un camionero insoportable, que me alegra que

me haya tocado viajar con él, también le cuento que me gustó ver un eslabón de toda una cadena de producción industrial. Bordeamos la ciudad y cruzamos el río Paraná por el puente interprovincial hacia el lado de Victoria. El agua lleva el diálogo hacia el lado de la pesca y los consejos para asar el pescado sin que se pegue poniéndolo cuando la parrilla está todavía fría, y cómo era el viaje en lancha hasta Rosario cuando todavía no estaba el puente, y qué lugares son buenos para pescar. Ya estamos en Entre Ríos, y se nota. Javier me cuenta de la huerta que hicieron con su mujer, de los tomates, de la diferencia entre el agua de la canilla y el agua de lluvia. Quiere llegar, bañarse y tomar mate a la sombra de un lapacho blanco que trajo del norte y plantó hace varios años en su patio.

EL HIJO DE LA MAESTRA» Se ve de lejos Victoria. Ahora, el terreno es más amable, ya no es el páramo seco sino un lugar verde con lomadas. Javier me señala todo: allá está el casino, allá el gran hotel, allá hay unos barrios nuevos que están construyendo. Entramos en la ciudad. Me propone desenganchar el acoplado para poder maniobrar en el centro y llevarme a la terminal donde me voy a tomar el colectivo. Le digo que no hace falta, pero insiste. Dejamos el acoplado en un playón y entramos por las calles de casas bajas. De cuando en cuando, saluda a algún conocido; está en sus pagos, y se le nota en la actitud física, en el entusiasmo orgulloso de estar de vuelta ahí. En la esquina de la plaza me muestra la casa donde nació. “Mi vieja era maestra”, me dice, y llegamos a la terminal. Le agradezco por todo y me bajo. El tiene que ir hasta el tinglado de su patrón donde se guardan los camiones. Ojalá pueda algún día comprarse el Scania que quiere tener. Ese es su sueño: tener su propio camión. Ahora levanta el brazo, me saluda, y lo veo doblar y perderse en la esquina. Se llama Javier Gareis. **B**

LA FELICIDAD A 6962 METROS VIENE DE LA PAGINA 86

EN ESE MOMENTO, CUANDO VI ESA PEQUEÑA cruz que corona la cima, el lugar que todo escalador sueña alcanzar, fui feliz, muy feliz. Pero no sé si pude disfrutarlo tanto como hubiera querido. Estaba tan, pero tan cansada que no tenía ganas de festejar ni de sacarme fotos. Igual, claro, lo hice. Nevaba y casi no había visibilidad. Las vistas que habíamos tenido desde más abajo eran diez veces mejores. Pero ésa era la cima. 6962 metros. No había nada en todo el continente por encima de nosotros.

HABIAMOS LLEGADO CINCO DE LOS SIETE DEL grupo, lo que se dice una expedición más que exitosa. Sólo un 20 por ciento de los que intentan el ascenso a la cima logran llegar. Parece raro, pero en la cumbre estuvimos apenas cuarenta minutos. Y eso es un montón para la media. Ocurre que después de llegar, después del esfuerzo, hay que empezar el descenso. La bajada es terrible. En mi caso, sufrí muchísimo. No podía coordinar mis movimientos. Me caí varias veces, ago-

tada. Los guías tuvieron que encordarme para evitar que me lastimara. Bajé atada a Lito, con una cuerda que nos unía desde la cintura. A Karen también la encordaron, pero a ella la llevaba Jaime, un porteador que quiso acompañarnos hasta arriba aunque su trabajo había terminado bastante más abajo. Cada vez que estábamos por caernos, la soga se tensaba y eso nos mantenía en pie. Así estábamos. Era literal: pendíamos de un hilo.

ESE DIA FUE EL MAS AGOTADOR DE MI VIDA. Fueron, en total, catorce horas de marcha. Bajamos en cuatro horas lo que habíamos subido en diez. Al llegar al campamento, ni comer queríamos, y eso que habíamos estado todo el día a snacks. Sólo acostarnos. Y dormir. Dormir mucho. Creo que fue en ese momento que perdimos casi todos los kilos que bajamos en la expedición. Yo volví con 4 menos, pero algunos de mis compañeros perdieron hasta 8.

LA MONTAÑA EXPONE AL SER HUMANO Y LO desnuda, lo reduce a lo básico y a lo estrictamente esencial: a sus necesidades primarias de sobrevivir. Allá arriba, se regresa a la expresión más pura de los sentimientos; no cuentan la belleza física, el dinero ni el nivel social.

EN ESE MOMENTO, PENSABA EN LO QUE A TODO escalador casi siempre se le plantea: ¿qué es lo que lleva a una persona a querer subir montañas, a arriesgar su vida, a pasar situaciones extremas, incomodidad, frío, sufrimiento, a alejarse semanas o meses de sus afectos? La mayoría dice que no es soberbia ni saberse fuerte, que es ansia de superación personal, búsqueda de autococonocimiento, de paz.

MI RESPUESTA ES MUCHO MAS BASICA, Y LA supe cuando, una madrugada en la montaña, me imaginé escribiendo estas mismas palabras: “Subo montañas simplemente porque hacerlo me hace muy, pero muy, feliz”. **B**